

Fuera Jerez
Trimestre. 6'75 ptas. Un mes... 2 ptas
Un año... 25 Un año... 22'50

El Guadalete.

Table with 5 columns: Station, M., M., T., N.
de Jerez a Sevilla, Gádiz, Sanlúcar y Chipoña

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852)

Jerez de la Frontera: Lunes 11 de Octubre de 1897

Núm. 12.792

El Guadalete.

RECUERDOS DE AYER.

(UNA EFEMÉRIDES DIARIA.)

CARLOS LATORRE.

11 de Octubre de 1851.

En tal día como hoy, podemos decir imitando el estilo humorístico de las efemérides de un popular periódico, perdió el arte dramático nacional una de sus figuras más insignes en la persona de aquel eminentísimo actor que llevó en vida el famoso nombre de Carlos Latorre.

No han sido los grandes actores españoles muy numerosos por desgracia; pero la calidad de los pocos que honraron nuestra escena ha bastado para elevar a gran altura el arte dramático de nuestra patria.

Hijo de padres bien acomodados, recibió Carlos Latorre una educación esmeradísima, que fué la base de su reputación artística.

En Francia se dedicó Carlos Latorre a la carrera militar, y llegó a figurar en el ejército francés formando parte de la famosa guardia imperial.

La noche del 21 de Febrero de 1824 hizo su presentación ante el público madrileño el genial actor en el antiguo teatro del Príncipe, con la obra Otebo.

En todas las provincias de España en que se presentó Carlos Latorre obtuvo el ilustrado artista éxitos tan extraordinarios como el inolvidable del teatro del Príncipe, y su carrera fué una serie de triunfos sin interrupción.

gran actor en París, y en uno de los teatros más importantes de aquella capital presentó en francés varias tragedias de Shakespeare, alcanzando en cada una de ellas un éxito colosal.

Para recompensar sus méritos fué nombrado Carlos Latorre en 1832 profesor del Conservatorio nacional, y durante 19 años desempeñó este cargo con algunas interrupciones que sus campañas artísticas originaron.

El recuerdo del ilustre actor nos hace pensar con pena en el triste período de decadencia que el arte dramático nacional atraviesa. La raza de los grandes actores parece que se extingue, sin dejarnos esperanzas de nuevos retoños.

LOS CABALLOS CREMA

¿Quién no ha oído hablar de los caballos «color crema» que tiran del coche real cuando la reina Victoria toma parte en alguna de las grandes solemnidades de la corte?

El año 1887, cuando se celebró otra fiesta parecida, y hace cuatro años, cuando la boda del duque de York, los animalitos dieron bastante que hacer, y por eso se verifican los ensayos, a fin de procurar que no ocurra algún incidente desagradable, que no sería el primero de los de su clase en este país.

Los caballos no habían salido hacia tiempo de las caballerizas, y al cochero le costaba trabajo hacer que marcharan al paso lento, de costumbre en las grandes solemnidades.

Mr. Roberts el cochero—refiere lord Albenard,—que ya estaba de mal humor por la prisa que le habían metido al enganchar, se incomodó al ver la insubordinación de los caballos, y perdiendo los estribos, aunque iba en el pescante, y olvidando que conducía a la augusta persona del soberano se desató en denuestos contra la guardia de honor en general y el abanderado en particular.

EL SUEÑO DEL HOMBRE BÁRBARO.

S. E. había comido opíparamente: ¿qué iba a faltar en su mesa?

El acosturado entrecot; la favorita chuleta con patatas soufflé, los entremeses variados, aperitivos que allí no llenaban su fin, porque S. E. siempre tenía buen apetito; el Burdeos y el Champagne; todo en una palabra, lo que constituye una suculenta comida, pagada por el Estado.

Tomó una taza de rico Moka, y encendió un habano con faja galoneada. Muellemente reclinado en el sillón, las piernas extendidas y con una expresión marcadísima de displicencia, miraba flotar el humo que en espirales salía del veguero.

—¡Qué buen país!—murmuró entre dientes y después de unos bostezos, quedó dormido como un tronco.

¡Qué felicidad, dormir a pierna suelta, como vulgarmente se dice, sin que el trabajo del día cause insomnios prolongados; sin que el mañana preocupe ni arredre lo porvenir.

Así dormía y roncaba S. E.; mejor dicho, él que dormía no era el hombre razonable, era el hombre bárbaro: dormía el estómago, esa bestia feroz que domina al cerebro en los egoístas y miserables.

—Misterios de la fortuna!—decía con voz casi imperceptible la razón de S. E.

—¿Quién pudo soñarlo? ¿quién me dió esos títulos? ¿mi talento? ¿mi honradez? no, yo no soy acreedor a esta fortuna; yo no debo ocupar el puesto que hoy ocupo. Se leer y escribir, como cualquier hijo de vecino, pero esto no es bastante: se necesita algo más que yo no poseo.

Yo he vendido a mis amigos, yo he calumniado a mis favorecedores: ¿qué debo, pues, este uniforme tan lleno de entorchados, como mi alma de miserias? ¿A mi oratoria? ¿A mis dotes de estadista? ¿A mis conocimientos políticos?...

Todo es acomodaticio, hipócrita, falso. Yo no sé más que comer con un apetito desordenado y voraz: tenía tanta hambre... Pero esto no es justo; mi razón se ruboriza al pensar que debiera servir al país, puesto que para ello me paga, y no soy capaz de servirle.

Y entre sueños luchaba por arrancarse la ropa, cuando una joven abrió la puerta del despacho y exclamó: —¡Ah! ¿dormías?... —¿Qué ocurre?... —Son las diez de la mañana, y desea verte Roque. Pase usted, señor, habilitado. El habilitado entró con un taleguillo lleno de duros, exclamando: —Dispense vuecencia. —¿Aún no he podido acostarme!—contestó S. E.—Este maldito proyecto de ley... —La paga—continuó el habilitado vaciando sobre la mesa gran cantidad de monedas. —¡Ah... la paga!...

La voz de la razón se había extinguido con las últimas sombras de la noche. El hombre razonable, se había dormido; el hombre bárbaro despertó al sonido de las monedas.

R. G.

COLABORACIÓN INEDITA

EL NIÑO ENFERMO.

D bujos de Gila.—Fotografiados de Paez

—Valiente bruto es el médico... Nada no me atajeis; bruto he dicho? pues no me desdigo... ¿Qué estudio? Seguramente ni jota de lo que le importaba estudiar.

salir muy gravemente y como si tal cosa. ¡Oh, maldita existencia... tener hijos, presenciando su misteriosa vida al mundo, criarlos con el celo con que se cria una planta que tuviera por raíces nuestro propio corazón... y luego!

Esta terrible reticencia suponía un espantoso pensamiento, que guardaba sin duda analogía con las densas sombras de la noche... el reloj iba midiendo la monotonía de aquellas horas de angustia.

Ventura se hallaba en esos momentos durante los cuales la luz, a cuyo rayo parecen



acleararse las más complicadas ideas y se forman los más laboriosos juicios, se apaga, y el corazón se ve, a pesar suyo, dominado, ora por melancolía irremediable, ora por necios acometimientos de enojo exaltado.

Allí, en el fondo de la alcoba, mecido en la cuna adorada, la madre lloraba, y tal vez confiando en Dios, llena de esperanza o ternura, aunque sin querer figurarse toda la extensión a que pudiera llegar el mal.

La enfermedad no era nada, mejor dicho, no había sido: el padre creía entender de estas cosas... si se habían agravado los síntomas, no había duda, alguien tendría la culpa: el médico, la indiferencia del médico, la ignorancia del médico... ¿Porque si no el doctor no se había quedado allí durante todo el día y aún toda la noche? ¿De modo que los médicos visitaban tan solo por ganar el dinero? ¿No se interesaban por la salud de sus enfermitos? El ataque se produjo... la tos, la ruda tos que acometía al niño, hasta abogarse su pecho, se espasmódizaba sibilante con un atán agónico.

—¡Oh, qué triste era oírle y ver el flamear de la luz, haciendo danzar funebres sombras por las blancas paredes de la habitación!

La madre pudo calmar un tanto la angustia de su querido niño: una cucharada con jarabe que dió a cucharadas a su hijo: devolvió a este el descanso. ¡Dios mío! ¿se ahogaría el niño en uno de aquellos ataques de tos?

El padre lo temía y nada más espantoso para aquel pobre hombre que aquella horrible idea. ¿Cómo? ¿no había de volver a ver el pequeñuelo sonriente y gozoso asaltándole a abrazarse a sus piernas cuando él, volpiése del trabajo? ¿No volvería a ver aquella vabecita blonda y rizada, aquellos ojos azucados, llenos de brillo y de alegría, aquella



lengüecilla de pajarillo en alborozo? El médico debiera de haber evitado aquello... no basta un medicamento, otro... ya no se consigue con una untura, pues un parche; sino una bebida, i otra... para el padre allí no se debía de dar descanso, lanzando furiosos y desesperadamente sobre el mal todo un arsenal de botica. La impaciencia del padre y su furor rayaban en la locura...

—¡Oh, qué horas más largas y angustiosas! No sabía otro remedio sino el de pasarlas fumando que te fumaras... ¡Pobre pequeño! Y pensar en que hacía pocos días se había hallado listo y gozoso, correteando de aquí para allá! Al padre se le antojaba que él, sin duda, era el único padre que sufría semejante prueba. ¡Cuántas veces había escuchado con tristeza, pero en realidad con más indiferencia de la que el caso requiere, la noticia de que algún compañero había perdido a su hijo!

Al fin, las fatigas de un penoso día de trabajo y de una espantosa noche le rindieron y se quedó profundamente dormido.

II Cuando despertó era ya muy avanzada la mañana: felizmente no era día de trabajo; por supuesto que hubiera dejado de ir a él... no habría podido separarse de su hijo... Oyó hablar en el cuarto contiguo a aquel en que se hallaba.

—Era el médico... el paseante... el holgazán, el pillo, conforme Ventura le había llamado la noche anterior, pensando entonces como nunca que todas las profesiones en las cuales no se trabajara con un azadón no eran sino verdaderas farsas... para comer sin trabajar.

El médico era un hombre joven, de rostro pálido y un poco austero: miraba con serenos ojos y parecía fijarlos muy atentamente en todo, su habla era reposada y dulce; empleando, por lo demás, pocas, muy pocas palabras.

Ventura se detuvo a oírle lleno de temor... a la verdad, en el fondo casi tenía comprendida la ojeriza que por el médico había sentido.



—No tenga Ud. cuidado alguno, decía—el médico a la madre. —¿Le halla Ud. mejor, don Juan? —¿Le halló salvado! —¿Cómo, don Juan, ¿salvado?—exclamó de un modo violento, Ventura, precipitándose en la habitación.

—Si, salvado de un gravísimo mal; nada se podía hacer más de lo que se ha hecho, pero lo que se ha hecho ha sido decisivo. La madre miraba al médico cual si tuviese ante sí la cara de un bendito ángel; el padre le miraba, sonriendo y lleno de gratitud; y con ese profundo sentimiento de admiración a la ciencia que sin duda atesoraba el joven doctor... ¿Qué harían! ¿qué harían con el médico uno y otro.

—Nada; era poco, muy poco, lo que ellos podrían hacer. —¡Salvado el niño! ¡Oh, qué alegre era la luz del sol, qué aspecto risueño parecía tomar todos los objetos... cuán dilatado el corazón de Ventura se sentía ébri por la felicidad.

La madre hubiera besado las manos del médico, lloraba de gozo. En cuanto al doctor, no había perdido ni por un solo momento su seriedad; hubo de sonreírse dulcemente, y tornó a manifestarse grave y silencioso.

—¿Qué hombres!—pensaba Ventura,—¡no se alegran por nada! —Vaya, hijos, adios... Tengo prisa, me espera un enfermo, al cual no hallaré seguramente en el estado en que se halla nuestro niño.

—¿Sabes María, que hay oficios espantosos? —¿Qué quieres decir, Ventura. —Quiero decir, que es cosa bien apenada andar todos los días de esta a la otra parte, viendo a uno que se salva, a otro que se muere y con los oídos aturridos de lamentos, de quejas, de dolores.

—Ah, pues mira... Por eso me daba pena oírte anoche hablar como hablabas del poblabas del pobre don Juan.



—Que quieres... Así es uno, muere y resucita a cada momento. —¿Quién? —El niño José Zahonero.

12 Septiembre de 1897. (Prohibida la reproducción.)

AVISOS UTILES.

El cambio de gobierno ha producido en todas las dependencias de la administración pública la consiguiente alarma. Los empleados en ellas, están como vulgarmente se dice, que no les llega la camisa al cuerpo, y sueñan con la cesantía.

En ese estado ¿cómo les vamos a exigir que se ocupen de los asuntos de sus negociados?

Interin eso se organiza y viene la tranquilidad variaremos la índole de nuestros avisos por otros que por su curiosidad creemos han de ser del gusto de nuestros lectores y algunos también de utilidad.

Procedimiento para limpiar la pintura de las puertas: Las pequeñas manos de los niños suelen dejar señales evidentes sobre las puertas de los departamentos; esto a nadie debe indignar, porque el mundo se cuida de poner placas de limpieza a la altura de las manos de las personas mayores, que tienen obligación de saber limpiarlas. No emplear ni la brocha ni el jabón; una cucharada de sosa ó de cal en un vaso de agua bastará. Se debe servir de la mezcla en frío con una esponja ó un lienzo, y en un instante toda

